

vivo no es otra cosa que una acumulación, tópicamente condensada, de corpúsculos de determinada vibración. ¿No sería una grosera simplificación de la realidad considerar estos corpúsculos —electrones, neutrones, protones— como la realidad objetiva que anhelamos? La idea de la realidad objetiva de las partículas elementales se volatiliza en pura matemática. Semejante modo de observación matemática es indudablemente utilísimo, pero parcial. ¿Respondemos certera y dignamente con concepción semejante a lo que la vida reclama? ¿Quiéramos una exclamar aquí: ¡física atómica, pero Goethe además! Pues el juego de elementos indudablemente causales en el sentido de aptitudes conservadoras de la vida, el orden biológico, no es cosa aprehensible por el camino

de la física y la química, con todos sus métodos. No puede negarse, ciertamente, que algo irracional hay además en los organismos, algo irracional por lo pronto inasequible a la investigación biológica, pero con cuya existencia debemos contar. Sería equivocado conformarse con un fatigado y resignado "ignorabimus". ¡No nos apresuremos a obstruir caminos practicables! Y a nuestra vez digamos: "¡laboremus!" En modo alguno sin un fin y sin un plan, sino utilizando todas las posibilidades de investigación química y física. Mas poniendo a contribución también todas las fuerzas espirituales y psíquicas. Pues sólo de este modo, aunque sólo sea presintiendo, podremos asir la esencia de la vida.

## LA NEUROSIS, REPLICA TIPICA DEL INDIVIDUO A LO TORCIDO CONVERTIDO EN NORMA. EL MALESTAR DE LO ANORMAL

por el Dr. ALBERT WELLEK

De la Universidad de Maguncia

En años de desastres y más aún en épocas de recargo psíquico permanente —como desde hace tanto tiempo lo es precisamente la nuestra— se desplaza a primer término más que nunca el problema de la neurosis. Mucho más si se considera que aun sin esto la civilización, antes de degenerar en desastres —cabalmente antes de afluir y desbordarse por su delta—, representa por sí misma una permanente tara psíquico-nerviosa. Reiteradamente se ha descrito a la civilización —junto con la "cultura"— como una neurosis de multitudes.

El típico humus nutricional de la neurosis —lo insinuaremos tan sólo en esta coyuntura— es, por lo tanto, un estado de anormalidad convertido en norma, que es lo que es realmente la catástrofe social convertida en forma permanente y lo que es ya (como su fundamento y premisa) el estado de tara permanente que es la propia civilización. La neurosis es

la réplica típica del individuo a esta anormalidad convertida en norma: es la expresión del descontento y el malestar de lo torcido y enredado en ella.

"El malestar de la cultura" es el título, bien conocido, de uno de los más conocidos trabajos de Freud sobre la teoría de la neurosis. En realidad debería haberse titulado el malestar de la civilización, ya que (desde Guillermo de Humboldt) distinguimos entre cultura y civilización, lo que Freud no hace, incluso desdeña hacerlo. Distinguimos en el sentido de que la organización exterior, técnica y social, de la existencia humana, es lo que llamamos "civilización", mientras que llamamos cultura al libre e "inútil" hacer y deshacer del imperio interior del espíritu. En la cultura no sentirá malestar nadie, ya que no le crea dificultades a la vida, ni la amenaza con peligros, todo lo contrario: el arte, el pensamien-

to, la investigación "pura", el juego —que esto es "cultura" en su cabal sentido— "aligeran", hacen más fácil la vida, la hacen más holgada, es decir, más rica, más colmada, más gozosa. De muy especial modo puede afirmarse lo mismo de una fe auténtica. Y naturalmente que lo mismo puede afirmarse también de la civilización: ¿no es incluso su sentido original el de aligerar la vida, el de hacerla más fácil y rica y sobre todo más gozosa, más placentera, más libre de trabajos y peligros?

Pero es demasiado evidente para que requiera largas consideraciones lo fácilmente que la civilización se trastorna, da el vuelco en sí misma y se trastueca en lo contrario, es decir, consigue lo contrario de todo esto. Basta mencionar la guerra moderna, el ejemplo de la tan galanteada y amada bomba atómica —sólo en teoría amada, naturalmente— para comprender lo que quiere decirse. O si no, el tráfico motorizado, ese Moloch que cada año devora una cifra muy superior a cien mil vidas humanas (sin contar heridos y estropeados). La civilización, a la que se ha confiado el orden, la seguridad y la facilidad de la vida, nos larga de cabeza, con zambullida bárbara, en la ruina, la servidumbre, el abandono y el desorden más demoníacos.

*Nefasta obra de la civilización,  
no de la cultura*

La cultura es más benévola que la naturaleza, se ha dicho. En tal sentido es la cultura, según Freud, un resultado de la "sublimación" de los instintos y por ello también un factor de alivio o descarga.

La neurosis brota, pues, no en el humus de la cultura, sino en el terreno de la civilización y sus desastrosos desrielamientos en la barbarie. Es la secuela prolongada de un estado permanente y más que una dolencia de la cultura, una enfermedad de la civilización. Y si queremos expresarnos con más apurada pre-

cisión, tampoco es una enfermedad, sino una anormalidad derivada de la antinormalidad elevada a la categoría de norma. El típico neurótico no está "enfermo" en el sentido corriente de la palabra: está "torcido y enredado" (hemos empleado ya la expresión). Anda torcido de carácter, se sobrentiende que torcido, ante todo, respecto de la comunidad y la sociedad. La neurosis no es una enfermedad mental, tampoco la llamada "neurosis existencial" lo es. Es más bien, por así decirlo, una enfermedad del carácter. Lo que constituye realmente, como se ha dicho ya, una paradoja. Será más propio decir, no enfermedad, sino variedad o alteración del carácter.

Ciertamente son antinormalidades las enfermedades todas, pero no puede decirse que todo lo que es anormal presuponga enfermedad. Y la neurosis es una anormalidad, una desviación en el sentido del desarrollo fallido, del apartarse o despistarse del camino propuesto o prescrito. Y lo que aquí se desmanda no es el hombre en su constitución psico-física, sino un muy determinado aspecto en él: su carácter. Ahora bien, en el sentido corriente de la expresión el carácter no puede estar enfermo, no es objeto de la medicina, por lo menos no lo es hoy.

Si quiere saberse lo que es una neurosis, si se la quiere comprender —para poder "curarla"— hay que haber comprendido antes lo que es el llamado subconsciente. Pero hay una segunda cosa menos conocida y que a menudo se pasa por alto, a saber: que para comprender la naturaleza del subconsciente hay que haber comprendido la naturaleza de la consciencia y la del alma en su conjunto.

Abstracción hecha de esta fundamental dificultad, valdrá la pena considerar las ideas cardinales de Freud sobre la teoría de la neurosis. La no aplacada discordia entre la subconsciencia y la consciencia constituye, según Freud, la raíz, la esencia misma de la neurosis. La consciencia ejerce una censura según lo que

la sociedad manda y sobre todo según lo que prohíbe, los llamados tabús. Lo que a esto no se somete es expulsado de la consciencia, "reprimido", como Freud dice. Se sigue de aquí que la "represión" constituye el concepto medular de la teoría de la neurosis.

Según el propio Freud lo ha formulado, sólo es una forma exacerbada del olvido común que normalmente tiene su virtud depuradora. Incluso cuando al olvido hay que ayudarle —el "olvido deliberado" a que en cierta ocasión se refirió un "gran" político, o la "memoria relegable" que Weininger atribuye a las mujeres— no es tan desagradable esto desde el punto de vista de una valorización biológica, médica especialmente, por lo tanto, sin hablar de la valorización moral. Hay la tendencia natural en el hombre a olvidar cuanto haya podido ir en menoscabo de su amor propio o su propia estimación, o pueda serle "embrazoso" (doloroso por tanto), a olvidar sencillamente todo lo desagradable o de escasa ventaja, incluso deprimente, y hay la misma natural tendencia a retener, atender y cultivar en la memoria, lo agradable, lo placentero, lo que estimula el sentimiento de la propia dignidad, o, simplemente, lo halagador y lisonjero. Pretende Weininger que las mujeres tienen una infalible memoria para el más nimio y bobo halago que haya podido hacerseles... ¡como si no ocurriera lo mismo con los varones! A algo parecido alude el psiquiatra americano Hiram K. Johnson, cuando dice: "Se comprende que evitemos los lugares donde hemos sido humillados y ofendidos y que frecuentemos y recordemos aquéllos donde hemos sido objeto de afecto y estimación".

De modo que no sólo olvidamos por "economía" (lo inane, carente de interés, que nada nos importa o nos importa demasiado poco), por librarnos de un lastre superfluo, olvidamos también, en cierta medida, por higiene psíquica, por librarnos de un dañino lastre. Ahora bien, cuando este autodeslastre o autocatarsis no funciona... entonces es cuando la

cosa se pone fea. Entonces es cuando acude la "represión" para acorrernos y su intervención tiene cabalmente algo de agresión, con todos los riesgos del "trauma", es decir, de la lesión. El olvido deliberado se sitúa entre el simple olvido y la represión violenta y constituye, como hemos dicho, un recurso intermedio, biológicamente, de todo punto agradable. Los límites entre ambos casos pueden ser imprecisos. No nos acordamos, por ejemplo, cuando se nos consulta sobre un tema que nos es penoso por algún motivo (la "memoria relegable") y acaso nos acordamos más tarde... cuando de ello nada depende. No se trata aquí siempre, en absoluto, de un fraude claro, deliberado. Con la "mentira vital" puede ocurrir algo parecido. Se la cree y no se la cree... mitad y mitad.

El concepto de la mentira vital (más mundanamente expresado: de la ficción, del "como si" —como si así fuera—, bajo los que un ser humano vive) fue introducido por Ibsen en su tragedia "El pato salvaje". Es característico que esta "mentira vital" fuera cultivada y defendida en Ibsen por un médico (un poco bohemio, desde luego) y combatida y aniquilada por un caballero de los principios picado de filosofía, falsamente supuesto o presentado como "idealista", cuando en realidad es un desconocedor del mundo cabalmente y encima un "ideólogo" que se escucha. La cosa acaba, derrumbándose el paciente, lo que deja pasmado al presunto idealista y filosofastro, mientras el doctor exclama: "¡Al diablo con él!" (telón).

Está aquí ya manifiesto el paralelismo con la teoría de la neurosis (si bien tomado de la literatura dramática). Se dan más de estas réplicas. Por ejemplo, hace años que Alfred Adler se refirió, en una disertación, a un instructivo "caso" que voy a describir tal como lo recuerdo.

Una joven pareja muy "moderna" decide unirse en el llamado matrimonio de camaradería, claro que en virtud de personalísimos

acuerdos altamente liberales. Desde luego nada de mezquinos votos de fidelidad, ni de parte de él, ni de ella. Se conviene no imponerse mutuamente ninguna clase de obligaciones y se prometen absoluta sinceridad, es decir, dado el caso, "contárselo todo", muy a lo camarada. Naturalmente que es el marido el primero que tiene algo que contar. Y lo cuenta. ¿Qué podía replicarle la mujer? Se comprende que nada, pues así se había acordado y él se había comportado en forma correctísima y leal. Pero le vino, de pronto, una aguda agorafobia: dominada por la más terrible angustia, no pudo ya salir de casa sin ser acompañada, ni siquiera podía permanecer sola en casa. Naturalmente que el acompañante tenía que ser siempre el marido, ¿quién si no? Vivían juntos, sin nadie más. En esto se le presentó al marido la oportunidad de una nueva aventura y con la ingenuidad de corazón más inefable lo contó todo esta vez también. Pero ocurrió, al mismo tiempo, que la joven esposa perdió su preciosa libertad y con ello la oportunidad de aventuras que pudieran suministrar tema a la confidencia. Evidentemente, no tenía la menor necesidad de libertad semejante, ni siquiera tenía en qué usarla, porque acaso (sin darse cuenta clara de ello), de modo muy femenino, estaba enamorada de su esposo y sentía unos celos terribles... para burla de todas las liberales máximas de claridad. Podría argumentarse, naturalmente, que todo esto podía haberlo dicho la joven esposa sin circunloquios y que para qué necesitaba la agorafobia. Pero tan simple, llana y razonable, no suele serlo la vida psíquica generalmente. Tratándose de sencillos y robustos personajes la cosa podría haberse desarrollado así: a la primera experiencia práctica de sus "liberales" acuerdos, la mujer se hubiera dado cuenta de sus celos, se lo hubiera confesado a sí misma y se lo hubiera confesado a su marido; le hubiera dicho sin ambages que se había equivocado, o que, falta de experiencia, había prometido algo que era incapaz de cumplir,

que no podían seguir así las cosas y... ¡ceterum censeo! Pero una tan natural y maciza dama, dispuesta, sin más, a hacer confesión semejante, lo más probable es que nunca se hubiera avenido a tan laxos arreglos de "claridad" liberal, recusándolos de antemano y viendo en ellos lo que realmente son: una simpleza típicamente "moderna", un fantástico juego con la libertad, egoísta y frío, intelectualista y por completo remoto a la psicología.

Pero en nuestro caso se trata de una mujer que cayó en la trampa de este engaño, sin darse en absoluto cuenta de que así ha sido. Por lo tanto, no permitirá que haga valer sus fueros el celoso impulso ante el tribunal de su consciencia, de su autocrítica, o de su "censura", para hablar con Freud. No querrá confesárselo a sí misma y mucho menos a su marido: se consideraría muy poco gentil, casi creería delinquir de perjurio y aparecer como inelegante y desleal a los ojos del esposo, encontrándose, además, anticuada y tosca según las normas (por su consciencia reconocidas y aceptadas) de la "moderna" claridad liberal mencionada. Y aquí se produce —según Adler— la fuga, "el refugio en la enfermedad", en la neurosis, en la alucinación de las "ideas fijas" en este caso. En circunstancias favorables, cuando el fin —oculto, inconsciente— de la esposa es alcanzado, es decir, si el marido, a largo plazo por lo menos, renuncia de hecho a sus calaveradas, el trastorno pasa. Ciertamente, puede tratarse tan sólo de una "cura sintomática" que no bastará para que el mal sea atajado en su origen y cualquier día puede resurgir el problema en forma aguda.

Todo ello, expuesto así, podría también parecer una mendaz y refinada maniobra. La mujer podía haberse encastillado tras la agorafobia, simulándola y alegándola con el calculado y consciente propósito de valerse del pretexto para amarrar corto al marido. Claro que un caso así es perfectamente posible y se ha dado ya seguramente. Pero se trataría entonces de un ardid femenino por completo salu-

dable y normal, no de una neurosis. Ahora bien, en nuestro caso —el de una neurosis “auténtica”, no el de una neurosis simulada— las cosas se presentan en forma mucho menos simple. En su consciencia la mujer se mantiene fiel a lo convenido, sin reserva, ni insidia, y sólo su subconsciencia —por su cuenta y riesgo, sin que ella intervenga— le hace... y al marido también, por supuesto, esta jugada, esta saludable jugada, que sin ella darse cuenta puede alcanzar el fin “inconsciente”.

Se presentan aquí, sin embargo, todas las variedades imaginables entre las posibilidades que acabamos de describir: la de la neurosis “auténtica” y la de la simulación, la de la “reacción compulsiva” totalmente inconsciente, no deliberada, ni captada, mas con objetiva finalidad, no obstante, y la de la maniobra que persigue un fin deliberada y conscientemente. Se trata de las variedades de lo semi-consciente y semicomulsivo. A la dama atacada de agorafobia —subjetivamente en forma sorpresiva—, por ejemplo, puede haberle acuciado oscuramente el barrunto de las ventajas —no calculadas por lo pronto— que la agorafobia traía consigo, haciéndola oscilar entre esas posturas y actitudes más comprendidas unas veces, más incomprendidas otras. A derechas no podrá entonces saberse si mente y hasta qué punto mente, si juega y hasta qué punto juega. Lo mismo puede decirse de la “memoria relegable”. Principalmente y por lo regular es relegable cuando las exigencias de la propia estimación así lo imponen. Sobre si el ceder ante estas exigencias debe considerarse saludable o neurótico, las opiniones pueden ser divergentes. A la postre, depende esto del carácter de la persona de que se trate. Con su famosa ironía ha escrito Nietzsche: “Yo he hecho esto, dice mi memoria. Yo no puedo haber hecho esto, dice mi orgullo, y se mantiene inexorable. Por fin cede la memoria”.

A propósito de todo esto, es también digno de ser considerado el hecho de que los niños, las niñas sobre todo —más “sugestibles” en el

sentido corriente de la palabra— en los primeros años de la edad escolar pueden dejarse invadir por esta penumbra del saber y no saber o el olvidar, en lo que se refiere a ciertas leyendas infantiles, por ejemplo (sobre el Niño Dios, sobre San Nicolás, etc.), e inversamente en lo que se refiere a la “información” obtenida de compañeros de juego, sirvientes domésticos, etc. Uno de estos niños, que cree en el Niño Jesús, es “informado” sin atenuante por una niñera, por ejemplo. Pues bien, al cabo de algún tiempo lo “olvida” nuevamente —deja de creer— en la incredulidad, podría decirse —y cree nuevamente en el Niño Dios. (También la incredulidad es una forma de fe, una mala forma de fe). Lo mismo puede decirse del tan delicado capítulo de la “información” sobre cosas sexuales. Un niño de nueve a diez años, por ejemplo, edad en la que por lo general no existe el interés sexual en forma apremiante, es “informado” a fondo por una niñera. Medio año después no sabe nada del asunto: por lo menos en la sobrehaz es tan “cándido” como antes.

Influye aquí, esencialmente, desde luego, el hecho de que en la edad infantil y juvenil —en las niñas especialmente, como hemos dicho— la consciencia de la realidad (en general la consciencia) es aún muy insegura y vacilante, de modo que es bastante fácil convencerlas de algo o quitárselas de la cabeza nuevamente. Ahora bien, hartos mayores hay que en esto no se diferencian demasiado de los niños, o de los jóvenes en los años de pubertad por lo menos. También a estos espíritus cuasi infantiles, incluso infantiles muchas veces, es fácil convencerles de algo o quitárselos de la cabeza y sobre todo: en ellos mismos se manifiesta la tendencia a convencerse de algo... y acaban creyéndolo. “Tiene el don de creer lo que dice”, afirmaba Witzbold de un mentiroso conocido. En la “pseudología” (hábito de mentir) histeroide es esto verdad.

Cuanto más pura sea la forma en que se dé el caso de la (auténtica) neurosis compulsiva,

es decir, cuanto menos se trate de mentira, de mero juego de reflejos, o de simulación, tanto más arriesgado será el "proceder" (si así puede llamarse) desde el punto de vista biológico, pues el atacado, bajo la compulsión y su amenaza —el miedo a la "agorafobia", por ejemplo— sufre realmente. El logro (que inconscientemente se persigue) es así comprado a buen precio y vistas así las cosas puede decirse que con toda su finalidad, el proceder es bien improcedente.

Argumentando a lo intelectualista, podría aquí, a su vez, alegarse que todo sería mucho más sencillo y cómodo procediendo sin circunloquios, como se ha dicho ya, diciéndole la mujer al marido claramente cómo están las cosas, que su "libertad" no le importa un pito y que lo razonable sería que lo mismo pensara él, con lo que podría ocurrir que el marido así lo comprendiera y ella resolvería el asunto sin las complicaciones y sufrimientos de la agorafobia. Ahora bien, esta "llana" solución, ¿tiene acaso, aunque sólo sea en cierta medida, alguna posibilidad psicológica? Apenas la tiene. Pues, si el marido, dócil a la tranquila y razonable persuasión, estuviera dispuesto, sin más, a renunciar a su "libertad", desde el primer momento hubiera pensado en contraer matrimonio justamente en forma de matrimonio cabal, no de "matrimonio de camaradería" con tan liberales cláusulas. Quiere decirse que la cosa no se hubiera logrado sin presión, más o menos intensa, por parte de la mujer. Mas, para ejercer esta presión en forma consciente, es demasiado decente en su conciencia, demasiado leal. Consecuencia: que la subconsciencia tiene que ayudar y acorralarla bajo el disfraz de la neurosis compulsiva y ejercer la presión, sin que ella misma se dé cuenta, donde la consciencia escurrió el bulto. Casos hay en que el camino torcido es el derecho... y viceversa (hoy día puede decirse que incluso en la vida pública esto es lo regular). Podría darse muy bien el caso de que el marido reaccionara desagradablemente an-

te la sinceridad de la mujer y se apartara de ella en actitud de desilusión y hasta de desprecio por no haber sabido responder seriamente a lo que la alta claridad de sus ideas requería, desenmascarándose como una buena señora del montón, como una mujerina vulgarísima, no como la superhembra con que él había soñado. Para estos peligros suelen tener un muy seguro instinto las mujeres y por lo regular —y con razón— les hurtan el cuerpo instintivamente.

Dice un pasaje de San Agustín: "Luego no es cosa de acertijo, ni de descifrar enigmas lo de querer a medias, no querer a medias. No lo es, no: una enfermedad del alma, eso es lo que es".

Bajo esta medialuz crepuscular, bajo esta penumbra, debe interpretarse la fórmula de Alfred Adler para el comportamiento neurótico: "Si... ¡pero!", el neurótico dice. Con su consciencia se aferra el neurótico a sus deberes... verdaderos o presuntos. Sólo que siempre se le atraviesa un valladar, un obstáculo, sin que lo pueda remediar y contra el que nada puede, contra el que, desde el palenque de su consciencia, se siente inerte. Ahora bien, quien bajo los disfraces y espejismos más diversos suministra este obstáculo, es el subconsciente.

Adler nos habla de un "arrangement". En la esfera de estas ilusiones, de estos engaños necesarios vitalmente, se incluye la "mentira vital" según Ibsen.

El neurótico pretende verse obligado a algo cuando quiere algo y pretende sobre todo no poder algo cuando en realidad no quiere. Ahora bien, el caso que acabamos de tratar es el más sencillo, incluso el más simple caso de neurosis y la teoría de la neurosis con este motivo expuesta —la de Adler— es igualmente la más simple de las teorías de la neurosis. Podría, con todo, objetarse que el ejemplo aducido es bastante enredado en algunos puntos, especialmente en lo que atañe al asunto de la autoconfesión... o inversamente al jue-

go de escondite ante sí misma. Debe, no obstante, decirse que entre la gran multitud de neurosis, ésta se nos presenta con un carácter aún relativamente muy poco enredado o complicado y que la medialuz de penumbra en el comportamiento consigo mismo es lo menos que en una neurosis puede presentarse. La teoría de la neurosis procede, como hemos dicho, de Adler, que realmente no era un discípulo de Freud, contra el que argumentó mucho, con creciente agudeza e ironía. La teoría de Adler representa una clara y simplificante reacción contra las mucho más remontadas e indemostrables teorías del propio Freud. También en éste, con mayor énfasis aun que en Adler, se alega la existencia de un subconsciente como única explicación posible de la neurosis, así como, antes ya, de los muchos más ingeniosos ejemplos de los actos fallidos, de las equivocaciones al hablar, al escribir, al leer, etc. Sólo como una lucha entre el subconsciente y la consciencia puede comprenderse la neurosis: el alma, la psique, es el campo de batalla

de estas dos instancias que en el hombre alientan. Con ello, fundamentalmente, no sólo queda corregido el concepto de la llamada psicología clásica, que sólo quería reconocer la consciencia como lo inmediatamente dado, sino que queda también, indirectamente y como última consecuencia, demostrada la realidad del alma. El alma vive y obra también cuando no nos damos cuenta, y precisamente cuando no nos damos cuenta, en las "profundidades". De aquí se ha derivado la denominación de "psicología profunda" para la teoría del subconsciente, expresión que, un poco subrepticamente, se ha convertido en tópico, en lugar común. Lo que por ello quiere darse a entender con verdadero sentido, no es sólo el subconsciente, sino el abismo del alma.

## NOTAS

(1) N. de la R. Llámense radicales complejos atómicos que no se producen por sí mismos, sino en combinaciones siempre.

(2) N. de la R. Quedaría por considerar, dentro de la esfera de lo psíquico, el comportamiento de la causalidad en los estratos de la subconsciencia.

(3) N. de la R. Se alude a la "relación de inseguridad" o indeterminación, de Heisenberg.